

Carlos Aguirre y Ricardo D. Salvatore
Editores

BIBLIOTECAS Y CULTURA LETRADA EN AMÉRICA LATINA

Siglos XIX y XX



Capítulo 2



BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ

Centro Bibliográfico Nacional

027.08 B Bibliotecas y cultura letrada en América Latina : siglos XIX y XX / Carlos Aguirre y Ricardo D. Salvatore, editores.-- 1a ed.-- Lima : Pontificia Universidad Católica, Fondo Editorial, 2018 (Lima : Tarea Asociación Gráfica Educativa).

364 p. : il., facsím. ; 24 cm.

Ensayos del coloquio "Bibliotecas de las Américas: poder, capital cultural y circulación de conocimientos, 1800-2000", realizado en la Universidad Torcuato di Tella (Buenos Aires, Argentina) el 19 y 20 de agosto de 2014.

Incluye bibliografías.

Contenido: Bibliotecas y formación del Estado-Nación -- Bibliotecas y cultura letrada -- Bibliotecas, museos y prácticas científicas y culturales -- Bibliotecas, movilización política y proyectos revolucionarios.

D.L. 2018-07060

ISBN 978-612-317-364-7

1. Bibliotecas - América Latina - Historia - Siglos XIX-XX 2. Bibliotecas públicas - América Latina - Siglos XIX-XX 3. Bibliotecas privadas - América Latina - Siglos XIX-XX 4. Bibliotecas y sociedad - América Latina 5. América Latina - Vida intelectual - Siglos XIX-XX I. Aguirre, Carlos, 1958-, editor II. Salvatore, Ricardo D, editor III. Pontificia Universidad Católica del Perú

BNP: 2018-127

Bibliotecas y cultura letrada en América Latina

Siglos XIX y XX

Carlos Aguirre y Ricardo D. Salvatore, editores

© Carlos Aguirre y Ricardo D. Salvatore, editores, 2018

De esta edición:

© Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2018

Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú

feditor@pucp.edu.pe

www.fondoeditorial.pucp.edu.pe

Diseño, diagramación, corrección de estilo
y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Fotografía de carátula: Interior of the Real Gabinete Português de Leitura in Rio de Janeiro, Brazil. <https://www.flickr.com/photos/uwephilly/3301983/>

Primera edición: junio de 2018

Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio,
total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2018-07060

ISBN: 978-612-317-364-7

Registro del Proyecto Editorial: 31501361800481

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

PAUL GROUSSAC FRENTE A LA BIBLIOTECA NACIONAL DE ARGENTINA (1885-1929)

Paula Bruno

INTRODUCCIÓN

La Biblioteca Nacional argentina, sita en la ciudad de Buenos Aires, fue bautizada con este nombre en 1884. Se trataba de una nueva denominación para la antigua Biblioteca Pública de Buenos Aires. Esta había sido fundada por decreto en 1810, al calor del proceso de revolución y ruptura del lazo colonial, y su historia había sido zigzagueante, como la del país mismo (González, 2010). El primer director del repositorio nacionalizado fue un intelectual de origen francés, Paul Groussac. Su permanencia en el cargo se extendió por 44 años, entre 1885 y 1929, y su labor en el repositorio fue polifacética: editó y dirigió dos publicaciones, *La Biblioteca* y *Anales de la Biblioteca*; intentó posicionar a la institución como la más destacada de América Latina; logró obtener reconocimiento en el escenario internacional; y convirtió a la institución en un espacio cultural de la vida letrada porteña. Mientras tanto, Groussac dio forma a un traje de intelectual que supo diseñar a medida y vestir en el largo plazo. Se convirtió en un referente intelectual de su época y fue reconocido por las generaciones posteriores.

Antes de comandar el recinto ubicado en la esquina de Perú y Moreno, su vida se había desplegado en diferentes escenarios. Groussac llegó a la Argentina en 1866 y, entre esa fecha y mediados de la década de 1880, ejerció varias funciones y tareas: fue ovejero en San Antonio de Areco, profesor de diferentes asignaturas en el Colegio Nacional de Buenos Aires, instructor particular de francés, director del Colegio Nacional de Tucumán, periodista, inspector de escuelas, arriero de mulas en la frontera con Bolivia, entre otras. Ya en la década de 1880, una serie de acontecimientos lo colocaron en un lugar de visibilidad en el escenario cultural porteño: en 1882 participó en el Congreso Pedagógico Internacional, realizado en Buenos Aires, con una intervención que generó ecos; el mismo año se publicó

su *Ensayo histórico sobre Tucumán*; en 1883 viajó a Europa y envió crónicas de repercusión a *El Diario*; y en 1884 se instaló con su familia en la capital federalizada —desde comienzos de la década de 1870 había vivido en Tucumán—. Una vez allí, en tanto inspector general de colegios nacionales, realizó varios viajes a las provincias argentinas; estuvo al frente del periódico *Sud-América*; y publicó una novela de fuerte sesgo autobiográfico, *Fruto vedado*. Con estos eslabones en su trayectoria, devino una voz reconocida en temas literarios y educativos y se convirtió, además, en paladín del laicismo, defensor de Eduardo Wilde, el entonces ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública (Groussac, 1998). Esta presencia ampliada en la escena porteña encontró su coronación en 1885. Llegaba para Groussac un nombramiento que daría un giro definitivo a su vida y a la de la institución nacional que dirigió desde entonces¹.

DIRECTOR FRANCÉS

La biblioteca central pasó a ser jurisdicción de la nación en 1884, junto con el Museo Público y el Archivo General; a comienzos de 1885, Eduardo Wilde nombró a Groussac director de la ahora llamada Biblioteca Nacional. En los tiempos de su vejez, este recordó su designación como el paso a «una tarea menos remunerada pero infinitamente más calma» (Groussac, s.f.). La designación, sin embargo, generó resistencias y sorpresas. Se asumía que el sucesor de José Antonio Wilde, quien había muerto poco después de su nombramiento como director de la biblioteca, podía ser Estanislao Zeballos o Alberto Navarro Viola, por lo que, ante la designación de Groussac, algunas voces mostraron su descontento. De hecho, hubo una campaña en contra de la designación desde las páginas de *El Nacional* y *El Diario*. Encabezando la lista de los disconformes se encontraban Calixto Oyuela y Manuel Láinez. Uno de los argumentos principales de los detractores del flamante director fue la injusticia que, para ellos, significaba que un extranjero ocupara una posición clave en una institución nacional. En enero de 1885, Láinez criticó la elección de Groussac:

Realmente si el nombramiento del Sr. Groussac nos ha salvado providencialmente de la calamidad encarnada en el Dr. Zeballos, bienvenido sea [...]. En lo que se refiere al señor Groussac, la objeción fundamental que podemos hacerle es, que mientras se pueda nombrar un ciudadano argentino para dirigir un establecimiento eminentemente nacional, como la Biblioteca, es más que un

¹ La nota de agradecimiento ante su nombramiento apareció en el diario *Sud-América* (véase Groussac, 1885).

deber del Gobierno, una obligación, preferirlo, aún en igualdad de condiciones, á un extranjero (Weller, 1885, s.p.).

Un tono similar se aprecia en una nota publicada en *El Nacional* el 19 de enero de 1885:

Falta ahora tan solo que el Gobierno Nacional dicte su decreto diciendo que se nombra bibliotecario de la República a «Monsieur Paul Groussac», para que este pueda hacer saber al mundo entero que en este país de bárbaros solo él es competente para entender de libros, y que los argentinos sirven á lo más para empleaditos subalternos de su repartición. Esto, si es que el señor «Paul» no manda a buscar a Toulouse a los «Pierre» y los «Jean» que crea necesarios para secundarlo (reproducido en Tesler, 2006, pp. 18-21).

Dos años después, en 1887, la designación del bibliotecario se ponía aun en cuestión. Domingo F. Sarmiento le dirigió ese año una carta de carácter público a Groussac llamándolo «nuestro bibliotecario inmérito, aunque sea nuestro literato francés» (citado en Groussac, 1920, p. 43). Pese a las resistencias, el director se instaló en su despacho. Durante su gestión tomó medidas que tendieron a ordenar y modernizar la institución: lanzó el sistema de catalogación formal de los volúmenes, los materiales de hemeroteca y los documentos inéditos; se encargó personalmente de confeccionar un fichero habilitado para la consulta del público; gestionó la recopilación de fuentes en archivos europeos; y envió un copista al Archivo General de Indias de Sevilla, con el fin de relevar algunas fuentes que consideraba importantes para la historia del país (Acevedo, 1995; Molina, 1955). También bajo su gestión, en diciembre de 1901, la biblioteca se mudó a la calle México —a un edificio construido originalmente para la Lotería Nacional— y, en las dependencias de esta sede, se instaló una pequeña imprenta tipográfica. A instancias de Groussac, por otra parte, se dictó la ley de Depósito Legal de ejemplares (Trenti Rocamora, 1997).

No es mi intención evaluar positiva o negativamente el papel cumplido por Groussac desde una perspectiva técnica o bibliotecológica, ni tratar de narrar «lo que realmente sucedió» mientras encabezaba el repositorio². Focalizo la atención, en cambio, en el análisis de algunos hitos que convirtieron a Groussac en una figura de alta visibilidad desde su puesto de director de la Biblioteca Nacional y que hicieron que la institución fuera una referencia de la vida cultural.

² La actuación de Groussac frente a la Biblioteca Nacional, leída en términos específicos de función institucional, generó una notable atención. Mientras que algunos autores mantienen un tono celebratorio sobre su desempeño, otros han intentado dejar en evidencia ciertos límites de sus acciones (Cuffia, 2001; Tesler, 2006).

DIRECTOR PIONERO Y EMBAJADOR CULTURAL

Una de las primeras medidas puestas en marcha por Groussac consistió en generar un diagnóstico acerca del pasado y la actualidad del repositorio y escribir una historia-informe en función de los datos relevados³. En el escrito resultante, la historia del país, sus emprendimientos culturales y la historia de la biblioteca se conjugan en un único relato. Allí, la Biblioteca Pública aparece como una maqueta —modelo pequeño pero representativo— de la cultura y la historia nacionales: creada por decreto de la Junta Gubernativa del Río de la Plata en 1810, el destino de la institución condensaba la imposibilidad de generar empresas culturales estables en el contexto posterior a la Revolución de Mayo. Aunque podía encontrarse en personajes como Mariano Moreno y Bernardino Rivadavia el germen de la Ilustración y la voluntad de desarrollar la esfera cultural del joven país, sus acciones, civilizadoras en otros aspectos, no lograron reflejarse claramente en la biblioteca. La época de Juan Manuel de Rosas, por su parte, fue para Groussac portadora de los males más profundos para la cultura, entendidos como efectos del avance de la «descivilización». Solo después de Caseros, lentamente, el destino de la Argentina pudo ser reconducido. En cada una de estas clásicas estaciones históricas, los directores de la biblioteca central —descritos y caracterizados en breves semblanzas biográficas— eran retratados como portadores de los síntomas de su tiempo y, en sintonía con los hombres políticos de cada etapa, artífices de los progresos y retrocesos del establecimiento. Ahora que el país estaba en manos de estadistas capaces de conducirlo por el camino del progreso y la modernización, el director de la Biblioteca Nacional podía hacerse eco de ese clima de época y ordenar un espacio por él considerado clave para el desarrollo intelectual del país.

Desde su cargo, Groussac se convirtió en un articulador cultural, un puente entre dos mundos: el francés y el argentino. Este rol se evidencia en varios episodios. Por ejemplo, a mediados de la década de 1880, se le solicitó una obra histórica monumental sobre la Argentina para ser presentada en la Exposición Universal de París de 1889, finalmente no concretada; en 1910, escribió un texto sobre las Islas Malvinas destinado al mundo diplomático internacional; fue delegado por la Argentina en el *World's Congress* de Chicago de 1893; acompañó a la delegación de este país en el Congreso de La Haya en 1907; y fue enviado especial en la Exposición Internacional de Roubaix en 1911. En el sentido inverso, fue reconocido por

³ Se trata del texto «La Biblioteca de Buenos Aires» (Groussac, 1896a). Con escasas diferencias, este texto fue el prólogo del *Catálogo metódico de la Biblioteca Nacional, seguido de tablas alfabética de autores, Ciencias y Artes* (Biblioteca Nacional, 1893); se publicó posteriormente como *Noticia histórica sobre la Biblioteca de Buenos Aires (1810-1901)* (Groussac, 1901). Existen varias ediciones del texto aparecidas más tarde bajo el título *Historia de la Biblioteca Nacional*.

autoridades políticas e intelectuales de Francia como un embajador de la cultura gala en las pampas. Así, Georges Clemenceau describió a Groussac como un civilizador y bregó por su designación como oficial de la Legión de Honor; en 1910, además, la Sorbona lo recibió afectuosamente para que dictara una conferencia sobre Santiago de Liniers; y, en 1926, se realizó allí un homenaje para ensalzar su labor en Argentina.

Pero el perfil que Groussac delineó como nexo entre dos polos no puede atribuirse a una aceptada operación estatal. Fue, a juzgar por su trayectoria, más bien fruto de su propio mérito. El rótulo de director de la Biblioteca Nacional fue por él dinamizado como sinónimo de prestigio. En sus relatos de viaje, por ejemplo, Georges Clemenceau (1911) subrayó que bajo la gestión de su compatriota la biblioteca se había convertido en un recinto de nodal importancia cultural a la altura de sus homólogos europeos (Bruno, 2014). A su vez, Groussac mismo hizo gala de la autoridad que le confería su cargo: en su libro, publicado en París, *Une énigme littéraire* (1903), aparece debajo del nombre del autor el rótulo «Directeur de la Bibliothèque Nationale de Buenos Aires». Por su parte, directores de bibliotecas nacionales de otras latitudes, como Marcelino Menéndez y Pelayo⁴ y Ricardo Palma⁵, lo reconocieron como un igual a la hora de evaluar su trabajo o responder a sus críticas.

Más tarde, el papel de erudito literato europeo y civilizador de las tierras vírgenes latinoamericanas fue reconocido por la mayoría de sus sucesores. Jorge Luis Borges, quien expresó en el «Poema de los dones» la idea de que su destino estuvo superpuesto con el groussaquiano⁶, declaró en reiteradas ocasiones el honor de ocupar el sillón de Groussac y revivió una empresa editorial que este había fundado, la revista *La Biblioteca*. Más recientemente, la Biblioteca Nacional acogió una muestra en honor a Groussac⁷; y Horacio González, director de la institución

⁴ En 1903, Groussac publicó *Une énigme littéraire. Le 'Don Quichotte' d'Avellaneda* y recibió un fuerte cuestionamiento del polígrafo español Marcelino Menéndez y Pelayo, quien puso en evidencia las falencias existentes en sus interpretaciones (Menéndez y Pelayo, 1907, pp. 147-163). Para una presentación detallada del debate, véase Oría, 1934.

⁵ Groussac (1924[1902]) realizó una crítica a un trabajo del director de la Biblioteca Nacional del Perú, Ricardo Palma.

⁶ Las últimas estrofas del «Poema de los dones», escrito por Borges en 1960, rezan: «Algo, que ciertamente no se nombra/con la palabra azar, rige estas cosas;/otro ya recibió en otras borrosas /tardes los muchos libros y la sombra. /Al errar por las lentas galerías/suelo sentir con vago horror sagrado / que soy el otro, el muerto, que habrá dado/los mismos pasos en los mismos días. /¿Cuál de los dos escribe este poema/de un yo plural y de una sola sombra?/¿Qué importa la palabra que me nombra/ si es indiviso y uno el anatema? /Groussac o Borges, miro este querido/mundo que se deforma y que se apaga/en una pálida ceniza vaga/que se parece al sueño y al olvido» (Borges, 2011, p. 199).

⁷ La muestra se denominó *Perspectiva Paul Groussac. Muestra bibliohemerográfica*; estuvo en exhibición entre el 15 de noviembre de 2007 y el 1 de marzo de 2008, en la sala Leopoldo Marechal, Biblioteca Nacional. Cuenta con un catálogo impreso: *Perspectiva: Paul Groussac* (Biblioteca Nacional, 2007).

entre 2005 y 2015, lanzó una publicación que reza en su portada «La Biblioteca. Revista fundada por Paul Groussac».

DIRECTOR, EDITOR E INTRODUCTOR DE SABERES

El cargo le ofreció a Groussac algunas ventajas en relación con sus contemporáneos. Al describirlas en su «Noticia biográfica», destacó, en tercera persona: «Groussac dijo algunas veces que el cargo de bibliotecario fue su morfina, para significar el abandono de toda actividad exterior [...] Quizás fuese más cierto compararlo con el queso de Holanda adonde se refugió, de acuerdo con la fábula, el ratón retirado del mundo, queso bastante magro, desde luego, pero repleto de algunos accesorios» (Groussac, 1998, pp. 36-37).

Entre los principales «accesorios» se cuentan *La Biblioteca* (junio de 1896-abril de 1898) y los *Anales de la Biblioteca* (1900-1915). Con diferentes características, las revistas que dirigió Groussac se diferenciaron de manera notable de las que se habían producido desde la biblioteca central en los años anteriores (Bruno, 2003; Eujanián, 1997). Ambas publicaciones se convirtieron en espacios de difusión destacados y con intenciones modernizantes.

La Biblioteca se anunció en su prefacio como órgano mensual destinado a publicar artículos inéditos. Se establecía que la aparición fuera los días 15 de cada mes en cuadernos en octavo mayor, de 160 páginas, que conformaban un volumen de 640 páginas por cuatrimestre. La organización de la carátula presentaba un acápito superior en letras mayúsculas: «HISTORIA, CIENCIA, LETRAS»; debajo se encontraba el nombre de la publicación y posteriormente, en tipografía menor, «Revista mensual dirigida por P. Groussac».

Fue considerada por sus contemporáneos una empresa europeizante y civilizadora. Rubén Darío (1896) se refirió a ella como «la revista más seria y aristocrática que hoy tenga la lengua castellana» y la definió como «nuestra *Revue de Deux Mondes*». Miguel Cané, por su parte, señaló en una carta a Groussac: «el atractivo externo de la revista me ha producido una grata sensación de frescura, de limpieza civilizada, que se siente al entrar a la sala de la ópera, por ejemplo, después de haber codeado en las calles una manifestación parroquial»⁸.

El modelo de las revistas europeas, sobre todo el de la *Revue des Deux Mondes*, funcionó activamente en la concepción del director de *La Biblioteca*: «No hay que recordar la parte que cabe a las revistas europeas en el moderno movimiento intelectual. Desgracia ha sido el que ninguna publicación análoga pudiera

⁸ «Carta de Miguel Cané a Paul Groussac», manuscrito del emisor fechado el 29 de julio de 1896, en Archivo General de la Nación Argentina (AGN), Fondo Paul Groussac, Legajo 1: Correspondencia recibida (1881-1929).

implantarse sólidamente en esta tierra movediza y fofo. Todas han sucumbido, á pesar de las condiciones económicas de su elaboración» (Groussac, 1896a, p. 185).

Groussac dio forma a su proyecto editorial y asumió como norte las revistas europeas, pero también rescató como modelos válidos nacionales a la *Revista de Buenos Aires*, dirigida por Vicente Quesada y Miguel Navarro Viola, y la *Revista Argentina*, comandada por José Manuel Estrada. Un recorrido por las páginas e índices de *La Biblioteca* permite aproximarse a algunas ideas acerca de sus intenciones. Los artículos tratan cuestiones científicas y culturales —en el sentido amplio y decimonónico de ambos términos— y poseen un corte erudito, lo cual diferencia a esta publicación de otras en las que el tono estuvo más ligado a la contribución periodística, sintética y de opinión⁹. La revista actuó como un medio de prestigio y de consagración intelectual en el que se publicaron escritos de destacados hombres de cultura de la época, como Joaquín V. González, Miguel Cané, Rubén Darío, Juan Agustín García, Lucio V. López, Eduardo Schiaffino, Leopoldo Lugones, Bartolomé Mitre, Lucio V. Mansilla, Ernesto Quesada, Luis M. Drago y Antonio Dellepiane, entre otros¹⁰.

Desde *La Biblioteca*, Groussac impuso políticas editoriales que tuvieron impacto cultural. Él mismo eligió las producciones que conformaron cada número. Además, llevó adelante el *Boletín Bibliográfico*, donde escribió reseñas y críticas sobre las novedades que ingresaban a la Biblioteca Nacional. Se ocupó, a su vez, de la escritura de la sección «Redactores de La Biblioteca», en la que presentaba reseñas bio-bibliográficas de los colaboradores, conocidas como «medallones»¹¹. Estas semblanzas llegaron a convertirse en uno de los atractivos principales de la revista. Respecto a este tema, Ricardo Rojas precisó: «Sobre estos colaboradores Groussac publicaba noticias biográficas en el interior de la cubierta, que fueron después recopiladas en el último tomo de la colección. Muchos ansiaban la colaboración por vanidad de esa noticia, pero a algunos les salió mal el cálculo, porque a veces el dueño de casa mostróse irónico y reticente» (Rojas, 1957, pp. 596-597).

La Biblioteca devino una base de operaciones desde la cual el director del repositorio consolidó su injerencia. Fue en sus páginas donde entabló debates con personajes destacados como Bartolomé Mitre y Norberto Piñero. La revista se afirmó como una empresa de fuerte sesgo personal, lo que quedó expresado cuando se clausuró el ciclo de la publicación. En 1898, el ministro de Justicia, Culto e Instrucción de la Nación instó a que la empresa culminara porque Groussac

⁹ Un índice de materias de la revista puede encontrarse en Maeder, 1962.

¹⁰ El listado completo de los colaboradores de la revista se encuentra en: Redactores de *La Biblioteca*, 1898.

¹¹ En esta sección, Groussac fue el autor principal; solo cuatro de esos textos salieron de la pluma de Enrique Rodríguez Larreta, joven en el que Groussac depositó su confianza y expectativas.

se había excedido en el debate mantenido con un funcionario estatal de central importancia, Norberto Piñero, que cumplía en ese momento funciones como diplomático argentino en el contexto de las discusiones limítrofes con Chile. Groussac entendió este pedido como un acto de censura ministerial y decidió interrumpir la publicación:

Por mi parte tenía la elección entre explotar industrialmente el filón del presupuesto, imprimiendo á doscientos ejemplares, y en mal papel, vagos cuadernos de documentos inéditos, hasta formar cada año un tomo de 300 á 400 páginas, que habría sometido al visto bueno oficial y nadie hubiese leído; ó acometer de mi cuenta y riesgo una *empresa civilizadora* intentando fundar una gran revista mensual, no inferior á las europeas, amplia en sus manifestaciones, libérrima en sus tendencias, que estimulase a los talentos conocidos y suscitase á los ignorados, hasta reflejar honrosamente el intelecto argentino en sus varias aplicaciones (Groussac, 1898, p. 247).

Años después, entre 1900 y 1915, dirigió los *Anales de la Biblioteca*. Las tareas emprendidas desde sus páginas también tuvieron un tono pionero y civilizador. Se propuso publicar en los *Anales* documentos inéditos acerca del Río de la Plata. Señaló como modelos a seguir los *Materiales para la Historia de Francia*, el texto agregado por Alfred Jacobs a una edición de escritos de Gregorio de Tours, y la introducción y los comentarios de François Mignet a las actas de la Sucesión de España (Groussac, 1900, p. XIV).

En cuanto a sus políticas editoriales, hubo una profundización de las dinámicas ya presentes en las páginas de *La Biblioteca*. El total de las introducciones y los comentarios de los documentos publicados estuvieron a cargo de Groussac. Transformó también esta publicación en tribuna desde la cual intervenir en polémicas. Desde sus páginas, participó en 1900 en el debate acerca del idioma de los argentinos, entabló una polémica con Ricardo Palma, el director de la Biblioteca Nacional de Perú, sobre la publicación de la *Descripción del Perú por Tadeo Haenke* y criticó el método histórico que estaban practicando los historiadores de la Nueva Escuela Histórica (Eujanián, 1995).

Más allá de las políticas editoriales personalistas, ambas publicaciones fueron ámbitos de recepción de las renovaciones intelectuales de la época. En el caso de *La Biblioteca*, Groussac funcionó como un articulador cultural que propició la circulación de novedades europeas, latinoamericanas y nacionales¹². En sus páginas,

¹² Prueba de ello es un comentario sobre la difusión de los folletines de escritores europeos, en el que se encargaba de censurar el negativo papel que podía ejercer la propagación de las ideas de Émile Zola. Groussac (1897b) criticó duramente la prosa del renombrado autor al señalar que podía pervertir el sustrato civilizador que irradiaba su país de origen y corromper las costumbres tanto de la sociedad francesa como de la argentina.

se publicaron destacadas piezas del modernismo literario firmadas por el mayor exponente del movimiento, Rubén Darío, y por Leopoldo Lugones. A su vez, en los comentarios bibliográficos, Groussac se encargó de reseñar *Los raros y Prosas profanas* (Groussac, 1896b y 1897a). Pese a ello, no depositó demasiadas expectativas en la riqueza de la corriente estética encabezada por el poeta nicaragüense¹³.

Por su parte, los *Anales de la Biblioteca* contribuyeron a difundir el patrimonio histórico y divulgar documentos inéditos sobre la historia rioplatense que existían en la Biblioteca Nacional. En el mismo sentido, el hecho de que en sus páginas aparecieran, por ejemplo, las primeras referencias a los metodólogos de la Historia y a los debates acerca de la disciplina histórica como rama del saber muestra que Groussac estuvo *aggiornado* y fue un activo difusor de novedades.

DIRECTOR POLEMISTA Y MAESTRO SIN DISCÍPULOS

Durante los años en los que Groussac consolidó su perfil como editor y promotor cultural desde la Biblioteca Nacional, se definió también como un notable polemista. Su fama como tal fue extendida y entabló debates con personajes centrales de la cultura argentina, incluyendo a Bartolomé Mitre, Miguel Cané, Calixto Oyuela, Manuel Láinez, José Manuel Estrada, Pedro Goyena, Eduardo Schiaffino, Norberto Piñero, José Ingenieros, Rómulo Carbia, Diego Luis Molinari y Leopoldo Lugones, entre otros (Bruno, 2005). Varias son las referencias al ejercicio de esta práctica, entre ellas la caricatura de Cao que lo retrató como un gallo desafiante, con un epígrafe en el que se lee la siguiente rima: «Como tiene un espolón/de sólida erudición,/le alza el gallo y le pelea/á cualquier otro, aunque sea/ el gallo de la Pasión»¹⁴. También pueden mencionarse el apodo de «el ogro de Perú y Moreno»¹⁵; la sentencia borgiana: «hubo en Groussac otra cosa que las reprensiones del profesor, que la santa cólera de la inteligencia ante la ineptitud aclamada. Hubo un placer desinteresado en el desdén» (Borges, 1996, p. 233); y las expresiones de Rubén Darío (1898): «el hombre que devora vivas las gentes», «el descuartizador» y «el condestable de la crueldad».

¹³ Para una descripción y referencias sobre el contexto del debate entre Groussac y Rubén Darío, véase Siskind, 2006, y Colombi, 2004.

¹⁴ La caricatura apareció en Cao, 1900. La imagen tiene un doble sentido: por una parte, se refiere a la actitud similar a la de un gallo de riña mantenida por Groussac y, por otro, al gallo como símbolo de lo francés.

¹⁵ Las distintas fuentes consultadas le atribuyen la creación del apodo a Ángel Estrada. El nombre de las calles refiere al emplazamiento del primer edificio en el que Groussac ocupó el cargo de director de la Biblioteca Nacional.

En el contexto de las polémicas, Groussac utilizó como arma la crítica en varios planos: como un instrumento de autoconsagración y de difamación del otro, como un medio por el cual acceder a la legitimación de lo sostenido y como procedimiento de anulación de trayectorias o de producciones realizadas en el marco de prácticas intelectuales específicas. Mientras que para algunos jóvenes debatir con él pareció ser parte de una ritualidad para obtener un «bautismo científico o literario», al decir de José Ingenieros (citado en Canter, 1930, p. 264), hombres de cultura más consolidados se encargaron de sugerir a otros que evitaran caer en las manos del director de la Biblioteca Nacional. Así, por ejemplo, Miguel Cané alertó cariñosamente en una carta a su hijo sobre los riesgos de publicar en *La Biblioteca*: «el francés no es tierno»¹⁶.

Groussac puede caracterizarse como «maestro sin discípulos», ya que, ciertamente, no depositó demasiada confianza en los jóvenes. Abundan las anécdotas en este sentido. Resulta ilustrativo un relato de Ramón Cárcano, quien contó que, una vez, hacia 1895, le entregó a Groussac el primer volumen impreso de una de sus obras históricas y algunos borradores del resto de los tomos de próxima aparición, con el objetivo de que los revisara antes de su circulación. Un mes después, concurrió a una reunión en el despacho del director de la Biblioteca Nacional. Allí, este le criticó su uso del método histórico y le señaló que su estilo era fatigoso. Para demostrarle lo último, resumió en catorce carillas dos largos capítulos de la obra. Ante la frustración, el joven reunió todo el material inédito y lo arrojó al fuego (Cárcano, 1943).

Victoria Ocampo, por su parte, evocó que tuvo la intención de armar una guía de la *Divina Comedia* y someter a la crítica groussaquiiana algunas de sus páginas:

Conociendo la fama de severidad incorruptible de que gozaba Groussac, decidí hacerle una visita a la Biblioteca Nacional. Le llevé las páginas sobre el episodio de Francesca y Paolo que están en mi pequeña «guía» de la *Divina Comedia*, y temblando interiormente le pedí que me diera un diagnóstico, sin miramientos. Así lo hizo. Conservo su carta. Podría resumirla de la siguiente manera: no debe escribirse sobre la *Divina Comedia* si uno no trae un dato o una interpretación nuevos. Aparentemente no es su caso [...] ¿Por qué, además, no elige otro género de tema menos dantesco, por no decir pedantesco, si es que siente verdadera necesidad de escribir? (Ocampo, 1951, pp. 7-8).

Contando la misma situación en otra ocasión y definiendo su intención de contar su aprobación como una imprudencia, la escritora confesó que la carta de

¹⁶ «Carta de Miguel Cané a Miguel hijo», 10 de abril de 189?, AGN, Fondo Miguel Cané, Legajo 2203. Aunque la fecha es ilegible, debe tratarse de una carta fechada entre 1896 y 1898, años de aparición de la revista *La Biblioteca*.

Groussac «cayó de punta entre la lapicera y mi mano derecha, impidiéndome, por unos días, seguir mi trabajo» (Ocampo, 1959, p. 11). Esta característica particular de su forma de posicionarse frente a los otros se agudizó con los representantes de las nuevas generaciones. Eduardo González Lanuza señaló en este sentido: «Paul Groussac tenía para los más jóvenes un prestigio merecido y mitológico [...] aunque sus opiniones solían ser de una personalísima arbitrariedad, siempre eran respetadas» (González Lanuza, 1961, p. 8).

Martín Aldao narró, por su parte, que cuando publicó su primer libro, a los veintiséis años, prefirió no entregárselo. Luego de señalar que Carlos Pellegrini le habría pasado el libro a Groussac y que los tres habían coincidido en unas vacaciones en Mar del Plata, Aldao transcribió este parlamento: «No me he animado, señor Groussac, a mandárselo. Es usted un crítico tan severo, que preferí pecar por omisión a exponerme a recibir uno de sus mandobles. ¡Cuántas víctimas tuyas andan por ahí, cabizbajas...!». Contaba, además, que Pellegrini le habría dicho: «este francés tremendo, este ogro no le pega, Aldao, a su libro. ¡Qué milagro!» (Aldao, 1948, p. 25). En idéntico tono Ángel Gallardo (1982) y Alberto Casal Castel (1942) describieron a Groussac como un hombre intratable y muy desalentador con los jóvenes, pese a que habría sido amable con ellos en alguna ocasión.

Quizás esta fama que ganó entre sus contemporáneos generó una distancia entre él y otros intelectuales de la época. Este hecho puede explicar la escasa repercusión que tuvieron los eventos culturales que organizó desde y en la Biblioteca Nacional, como ciclos de música y conferencias —estas últimas con el propio Groussac como protagonista—. Aunque los eventos lograban convocar a una concurrencia «muy selecta», como señaló una de las asistentes, alguna de estas reuniones podía resultar «erudita, pero espantosamente pesada»; en distintas ocasiones «el público daba señales de impaciencia, tosían, golpeaban con el bastón» (Bunge, 1965, p. 54). Groussac mismo manifestó desilusión con los efectos que generaron estas iniciativas. En este sentido, Martín Aldao apuntó que, en una oportunidad, mantuvo este diálogo con el director:

—¿Daré usted otra conferencia en la Biblioteca? —le interrogué a fin de substraerle de su ensimismamiento.

—¿Para qué? A nadie le interesan, nadie vendría.

—¿Piensa usted, realmente, que no interesan a su amigo Juan Agustín García y a otros?

—Ni a Juan Agustín ni a Juan de los Palotes les importa lo que hago por la cultura nacional (Aldao, 1948, p. 28).

DIRECTOR DEL SABER, NO DEL PODER

Groussac criticó varias veces la escasa especialización del espacio cultural argentino. A su vez, consideró la superposición de este con la esfera política un rasgo pernicioso. Aunque sus argumentaciones mantuvieron un tono ambiguo y sus juicios sobre la realidad política argentina son fragmentarios, su mirada era generalmente negativa. Si bien compartió espacios de sociabilidad con políticos —entre los que destacan Carlos Pellegrini y Roque Sáenz Peña— y entabló con ellos fuertes lazos de amistad, cuando se refería a estos hombres tomaba distancia. Además, sus intervenciones en el ámbito político fueron intermitentes y siempre se limitaron a una acción mediada por la pluma¹⁷. Complementariamente, debe señalarse que, aunque no ocupó cargos políticos —a diferencia de numerosos intelectuales de su generación—, mantuvo su puesto público de director de la Biblioteca Nacional por un lapso de 44 años (1885-1929).

Groussac describió el ámbito de la política como un espacio contaminado del que prefería no formar parte, gesto que se inscribía en una actitud general de mantener celosamente su posición de intelectual no-político. Mostró una acentuada resistencia ante la práctica extendida entre los hombres públicos de Hispanoamérica de sumergirse en dos universos —el político y el cultural— que él prefería disociados. Señaló al respecto, despectivamente: «En estas repúblicas, es imposible que cualquiera superioridad intelectual no remate en la política, como en la encrucijada central a la que conducen todas las avenidas. No vivirían aquí impunemente Pasteur o Darwin, sin habérselas con algún ministerio o presidencia de cámara: como el poeta Mármol que era estadista como un zorzal» (Groussac, 1896a, p. 173).

Al recorrer los legados de la cultura nacional, encontraba una extensa pampa cultural, incivilizada, poblada por gauchos de la inteligencia y literatos ocasionales (Bruno, 2005, pp. 129-167; 2008). Carente de especialismo, lejos de los modelos deseables de civilización francesa y marcada por la herencia de los vicios coloniales, se trataba de una cultura signada por la improvisación: «el principio de la división del trabajo, sobre todo la intelectual, considerado como síntoma del progreso, está desconocido todavía en América del sur y aun en España. Se nos habla aquí y allá de ingenieros que son también médicos y dramaturgos» (Groussac, 1924, p. 283). Desde su perspectiva, la esfera política y la cultural no debían superponerse, ni siquiera ser contiguas. Cubrir puestos estatales —que crecían al calor de la

¹⁷ Groussac participó en la campaña presidencial de Nicolás Avellaneda desde el periódico *La Razón* y asumió el rol de panegirista de Roque Sáenz Peña, tanto en la primera y frustrada candidatura presidencial como en la segunda. Por otra parte, participó activamente, desde las columnas del diario *Sud-América*, en los debates suscitados por las reformas laicas.

consolidación estatal— y denostar la política no fueron acciones incompatibles para Groussac. Depender o no del Estado, participar o no de sus empresas y de su vida institucional parece no haber sido un interrogante para él. Ahora bien, inmiscuirse o no en la vida política argentina sí fue una constante pregunta. Las resistencias aparecieron, en su caso, de manera persistente.

De este modo, la actitud de Groussac como intelectual fue la de rechazar la identificación inmediata y complementaria entre la élite política y la cultural. Se encontró sumergido en un mundo cultural que consideró caótico y supuso que, desde la Biblioteca Nacional, contaba con los medios para establecer ciertos parámetros que, de ser seguidos, mejorarían la situación.

CONSIDERACIONES FINALES

El periodo de la historia argentina abierto hacia 1880 ha sido revisado desde variadas perspectivas historiográficas. Todas coinciden en caracterizarlo como un momento de profundas transformaciones en el que nuevos actores irrumpieron en escena y se instalaron en los despachos políticos y en los ámbitos intelectuales para propulsar acciones renovadoras que dejaron sentir sus efectos en todas las esferas; mientras tanto, la Argentina se insertaba en el escenario mundial con un rol definido. Puertas adentro, el país se organizaba en torno a los ideales de progreso, paz y orden, principios que cristalizaban en medidas y proyectos para una sociedad que era generalmente percibida como caótica y amorfa (Terán, 2000).

Desde varios campos disciplinares, se ha estudiado el periodo con perspectivas analíticas y objetivos diversos. En un esfuerzo de organización de la bibliografía disponible, se puede sostener que, por lo menos, cuatro ejes interpretativos han dominado la producción académica sobre la élite cultural y la vida intelectual de la Argentina de entre-siglos, a saber: i) las interpretaciones sobre la «generación del ochenta», que presentan un elenco homogéneo de personalidades desde una perspectiva de conjunto y privilegian similitudes y puntos en común, en desmedro de particularidades y aspectos individuales; ii) los análisis que sostienen que el espacio de la cultura no puede distinguirse claramente de los ritmos y escenarios políticos y que los intelectuales de la época eran cómplices de un Estado decidido a avanzar sobre todas las esferas —un hecho evidenciado en el uso de rótulos como «intelectual-político», «hombre del régimen», «*gentleman*-escritor» o «literato oficial»—; iii) explicaciones que dan cuenta de un clima de ideas homogéneo o con fisuras débiles y escasamente perceptibles, a través de tres mecanismos recurrentes: asociar este clima con el rótulo de positivismo, solo matizado en los últimos años; poner parcialmente en duda el clima homogéneo de positivismo y buscar otras expresiones intelectuales, pero también corales, entre las que se destaca el clima

del nacionalismo cultural; y estudiar figuras paradigmáticas e indiscutidamente representativas; y iv) un eje de interpretaciones que se ordena en torno a la idea que transpola un periodo preprofesional, en el que las tareas intelectuales eran ejercidas por diletantes o *amateurs*, con la etapa de la especialización disciplinar (Bruno, 2007, 2009, 2011).

A la vista de estas afirmaciones, se puede sugerir que las intervenciones y los itinerarios de destacados hombres de cultura aparecen desdibujados o relegados en el marco de la presentación de climas ideológicos o intelectuales generales, o que su quehacer y su obra se relacionan de manera estrecha con las necesidades del Estado —no siempre pensado en términos de un Estado dinámico y en formación—. Así, algunos personajes que no son considerados —por no ser estimados representativos o sintomáticos— quedan condenados a las filas de la opacidad o engrosan elencos de nombres indiferenciados dentro de rótulos abarcadores. A su vez, y complementariamente, las corrientes de ideas, los principales tópicos y los problemas centrales de la historia intelectual argentina del periodo han sido abordados, prácticamente de forma exclusiva, con la finalidad de buscar lo característico y lo homogéneo.

Las trayectorias de Groussac y de varios de sus contemporáneos permiten discutir algunos de estos supuestos en varios ámbitos, que expongo en las próximas líneas.

Refiriéndose a su nombramiento como director de la biblioteca central —usando la tercera persona—, Groussac recordó: «[La Biblioteca] era, cuando él la recibió, un caos de treinta mil volúmenes alineados sin orden en una casa secular en ruinas, privada de aire y luz. Conformó allí una biblioteca bastante presentable, instalada en un local cómodo» (Groussac, s.f.). Ordenar la biblioteca fue una tarea costosa pero posible y Groussac se ocupó durante años de concretarla. Como se ha mostrado, desde la Biblioteca Nacional montó numerosos proyectos: bregó por la ordenación y modernización del repositorio; promovió la publicación y la difusión de algunos conocimientos desde las revistas; participó activamente en debates y polémicas; y promocionó diversas actividades culturales. El hecho de haber comandado la institución, además, contribuyó a darle visibilidad y a obtener cierto reconocimiento de sus contemporáneos.

Varias fueron las voces que se encargaron de remarcar las ventajas que tuvo al ocupar su cargo. Así, por ejemplo, Alberto Gerchunoff comentó:

El destino le fue favorable. Mientras las personas mejor dotadas de su tiempo leían apresuradamente en sus bufetes de abogados, en sus oficinas inseguras, y aprendían confusamente y producían sin coherencia y sin tranquilidad, al azar de su existencia agitada y dispersa, Groussac tuvo la fortuna de encontrar

el medio de ser lo que siempre fue. Este imperturbable «habitante de la ciudad silenciosa de libros» ha encontrado en Buenos Aires un suburbio de París (Gerchunoff, 1929, p. 63).

De hecho, contó con el privilegio de estar encuadrado en una institución que posibilitó su dedicación casi exclusiva a las labores intelectuales. El ámbito fue por demás favorable para emprender investigaciones y escritos de índole diversa. Con estas atribuciones se consolidó como un referente intelectual frente a sus pares. Encarnó la figura del prescriptor y llegó a ocupar, como señala la fórmula propuesta por Ricardo Piglia, «el papel de árbitro, de juez y verdadero dictador cultural» (Piglia, 1995, p. 114).

El mismo Groussac, además, hizo gala de su dedicación prácticamente exclusiva a las letras, en sus más dispares expresiones, y de los recursos a los que podía tener acceso. En este sentido, la dirección de las revistas *La Biblioteca* y *Anales de la Biblioteca* consolidó y reforzó su ubicación como difusor de ciertas novedades. Estas publicaciones, aunque contaron con subvención estatal por estar nominalmente ligadas a una institución pública, no pueden ser consideradas como órganos oficiales supeditados a los objetivos y a los tiempos del repositorio. Fueron destacados medios de difusión de saberes y de un mensaje de corte modernizador que su director asumió de manera misional.

Por su parte, aunque reconstruir el universo de lecturas de Groussac —como el de cualquier otro intelectual o actor histórico— no es una tarea sencilla, a los límites metodológicos presentes en otros casos se suma el hecho de que su biblioteca estuvo confundida con la biblioteca que dirigía¹⁸. Esto le permitió tener a su alcance las novedades que arribaban al repositorio, motivo por el que aseguraba «no haber dejado pasar hasta ahora una innovación artística desde Wagner hasta Ruskin y Moréas, una tentativa científica, desde el evolucionismo hasta la novísima telepatía, sin informarme con ellas de simpatía, procurando entenderlas sin pretensión hostil» (Groussac, 1896b, p. 476). Groussac se servía de referencias eruditas a su alcance a la hora de demostrar que contaba con saberes precisos que le permitían establecer pautas de comportamiento a sus contemporáneos. De este modo, más allá del manejo real de saberes, lo que le permitía jactarse ante sus pares era el potencial acceso a los materiales más novedosos y prestigiosos, garantizado por la ocupación de su cargo de director de la Biblioteca Nacional. Pero el balance sobre una dirección de casi medio siglo de gestión no debe detenerse solamente en estos aspectos. Para completar la semblanza es preciso señalar que el efecto de autoridad generado por el cargo que ocupó Groussac se tradujo en medidas concretas que

¹⁸ Al menos desde 1893, año en que puso en venta su biblioteca personal (Groussac, 1893).

repercutieron no solamente en el repositorio de la biblioteca, sino también en la vida cultural argentina. Como ejemplo condensador de estos efectos debe tenerse en cuenta que meses después de las celebraciones del centenario de la Revolución de Mayo, en agosto de 1910, se discutió en la Cámara de Diputados un proyecto de ley de propiedad literaria y artística¹⁹ presentado por los legisladores Carlos y Manuel Carlés, quienes sostenían que representaban gratamente el encargo de hombres de letras y de artes. El proyecto fue aprobado y remitido a la Cámara de Senadores²⁰, donde fue Joaquín V. González, senador por La Rioja, quien prestó su voz a la hora de exponer el proyecto y argumentó que la Argentina estaba siendo presionada por destacados intelectuales franceses a tener su propia ley de propiedad científica y literaria. González declaraba:

En Europa, particularmente en Francia, se ha promovido últimamente un movimiento de instancia á la República Argentina respecto á la sanción de esta ley. Un comité, formado por los primeros intelectuales franceses, bajo la presidencia del célebre historiador y político Hanotaux, ha hecho gestiones ante la legación argentina en París aduciendo razones de esas que difícilmente se postergan, á fin de que se dicte una ley que reconozca los derechos de los autores franceses. Esta instancia ha tenido aquí su repercusión con motivo de la visita de uno de los hombres más eminentes de Francia y de la Europa contemporánea, monsieur Clemenceau²¹.

Como resultado de estas gestiones se aprobó finalmente la ley 7092, primera ley de propiedad intelectual de la Argentina²², y fue Groussac el redactor del proyecto²³.

La promulgación de esta ley, de indiscutible importancia para la vida cultural argentina, basta como muestra de que, como Groussac había señalado al evaluar en retrospectiva el pasado de la biblioteca, la historia nacional, la del repositorio y la de sus directores se entrelazaban estrechamente.

¹⁹ *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados*, Tomo II de 1910, Sesiones Ordinarias, 24 de agosto de 1910, pp. 89-95.

²⁰ *Diario de Sesiones de la Cámara de Senadores*, Tomo I de 1910, Sesiones Ordinarias, 14 de setiembre de 1910, pp. 612-615.

²¹ *Diario de Sesiones de la Cámara de Senadores*, Tomo I de 1910, Sesiones Ordinarias, 14 de setiembre de 1910, p. 612.

²² En una carta fechada en Río de Janeiro el 9 de octubre de 1910, Clemenceau se refiere a Groussac como «mi querido amigo» y acusa recibo del texto, en español y francés, de la ley de propiedad literaria. AGN, Fondo Paul Groussac, Legajo 1: Correspondencia recibida (1881-1929), manuscrito del emisor.

²³ Manuel Gálvez narra que, en cierta ocasión, conversando con Groussac, hizo un comentario muy crítico sobre esta ley al sostener que era siniestra. Ante esta afirmación, Groussac respondió: «De la que soy yo autor»; seguidamente ambos se lanzaron a reír (Gálvez, 1961, p. 122).

En trabajos anteriores he caracterizado a Groussac como un estratega intelectual y un pionero cultural. Considero que ambas denominaciones permiten pensar desde ángulos complementarios la vida cultural de la época en la que desarrolló sus actividades. Sobre todo en el periodo que va desde mediados del siglo XIX al Centenario de 1910, distintas figuras de la élite cultural desplegaron sus actividades en un momento único, que por un lado presentó una multiplicación de oportunidades y de inserciones institucionales surgidas al calor de la consolidación estatal —piénsese sobre todo en las posibilidades abiertas en los ámbitos educativos y otros, como los museos y las bibliotecas—, mientras que, por otro, habilitó a sus miembros a exceder ampliamente estos ámbitos y a desplegar sus inquietudes por fuera del Estado. Esto les permitió convertirse en nudos de la cultura en tanto forjadores de sociabilidades intelectuales, revistas culturales, géneros y estilos de ser intelectual. Puede considerarse que la república porteña de las letras fue un terreno abierto para que diferentes pioneros dedicados a los trabajos intelectuales pudieran ocupar lugares y aprovechar oportunidades. Se trató ni más ni menos que de un espacio tan virginal y efervescente como el país mismo. En el marco de ese mapa, Groussac devino una figura de relieve y la Biblioteca Nacional ofició como un marco inmejorable para sus formas de intervenir en la vida cultural e intelectual.

BIBLIOGRAFÍA

- Acevedo, Hugo (1995). Biblioteca Nacional de Argentina. En José G. Moreno de Alba & Elsa Margarita Ramírez Leyva (coords.), *Historia de las Bibliotecas Nacionales en Iberoamérica: pasado y presente* (pp. 3-26). Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Aldao, Martín (1948). *Notas y recuerdos y Las flechas de Ulises*. Buenos Aires: Librería Perlado.
- Biblioteca Nacional (1893). *Catálogo metódico de la Biblioteca Nacional, seguido de tablas alfabética de autores. Tomo primero: Ciencias y Artes*. Buenos Aires: Imprenta de Pablo Emilio Coni e Hijos.
- Biblioteca Nacional (2007). *Perspectiva: Paul Groussac*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional de la República de Argentina.
- Borges, Jorge Luis (1996). Paul Groussac. En *Discusión, Obras completas I* (pp. 233-234). Buenos Aires: Emecé.
- Borges, Jorge Luis (2011). Poema de los dones. En *Obras completas II (1952-1972)* (pp. 198-199). Buenos Aires: Sudamericana.
- Bruno, Paula (2003). Paul Groussac y *La Biblioteca* (1896-1898). *Hispanamérica. Revista de literatura*, 32(94), 87-94.

- Bruno, Paula (2005). *Paul Groussac. Un estrategia intelectual*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica y Universidad de San Andrés.
- Bruno, Paula (2007). Un balance acerca del uso de la expresión *generación del 80* entre 1920 y 2000. *Secuencia. Revista de Historia y Ciencias Sociales*, 68, 117-161.
- Bruno, Paula (2008). Entre el ideal mundo letrado francés y la gran aldea argentina. Paul Groussac y su obra. En Ricardo Salvatore (comp.), *Los lugares del saber. Contextos locales y redes transnacionales del conocimiento moderno* (pp. 369-400). Rosario: Beatriz Viterbo.
- Bruno, Paula (2009). La vida letrada porteña entre 1860 y el fin-de-siglo. Coordinadas para un mapa de la elite intelectual. *Anuario IEHS*, 24, 338-369.
- Bruno, Paula (2011). Vida intelectual de la Argentina de fines del siglo XIX y comienzos del XX. Un balance historiográfico. *PolHis. Revista Bibliográfica del Programa Interuniversitario de Historia Política*, 9, 69-91.
- Bruno, Paula (2014). Georges Clemenceau en la Buenos Aires de 1910. En *Visitas culturales en la Argentina, 1898-1936* (pp. 71-95). Buenos Aires: Biblos.
- Bunge, Julia Valentina (1965). *Vida. Época maravillosa, 1903-1911*. Buenos Aires: Emecé.
- Canter, Juan (1930). *Contribución a la bibliografía de Paul Groussac*. Buenos Aires: El Ateneo.
- Cao, José María (1900). Caricaturas contemporáneas. *Caras y Caretas*, 91, 30 de junio.
- Cárcano, Ramón (1943). Paul Groussac. En *Mis primeros ochenta años* (pp. 331-334). Buenos Aires: Sudamericana.
- Casal Castel, Alberto (1942). Paul Groussac. En *Vidas ejemplares* (pp. 234-240). Buenos Aires: Hachette.
- Clemenceau, Georges (1911). *Notes de voyage dans l'Amérique du Sud. Argentine, Uruguay, Brésil*. París: Hachette et cie.
- Colombi, Beatriz (2004). En torno a *Los raros* y su campaña intelectual en Buenos Aires. En Susana Zanetti (comp.), *Rubén Darío en La Nación de Buenos Aires, 1892-1916* (pp. 61-82). Buenos Aires: Eudeba.
- Cuffia, Raquel (2001). *Conoces a Paul Groussac?* Buenos Aires: De los Cuatro Vientos.
- Darío, Rubén (1896). Los colores del estandarte. *La Nación*, 27 de noviembre.
- Darío, Rubén (1898). El triunfo del Calibán. *El Tiempo*, 20 de mayo.
- Eujanián, Alejandro (1995). Paul Groussac y la crítica historiográfica en el proceso de profesionalización de la disciplina histórica en la Argentina a través de dos debates finiseculares. *Estudios Sociales*, 9, 37-55.

- Eujanián, Alejandro (1997). Paul Groussac y una empresa cultural de fines del siglo XIX: la revista *La Biblioteca*, 1896-1898. En *Historia de revistas argentinas* (pp. 9-44). Buenos Aires: Asociación Argentina de Editores de Revistas.
- Gallardo, Ángel (1982). *Memorias para mis hijos y nietos*. Buenos Aires: Academia Nacional de la Historia.
- Gálvez, Manuel (1961). Paul Groussac. En *Recuerdos de la vida literaria. Amigos y maestros de mi juventud* (pp. 115-122). Buenos Aires: Hachette.
- Gerchunoff, Alberto (1929). Reflexiones sobre Pablo Groussac. *Nosotros*, 242, 63-67.
- González, Horacio (2010). *Historia de la Biblioteca Nacional. Estado de una polémica*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional.
- González Lanuza, Eduardo (1961). *Los martinferrietas*. Buenos Aires: Ediciones Culturales Argentinas.
- Groussac, Paul (s.f.). *Paul Groussac por Groussac. Autobiografía no autorizada* [mimeo traducido y difundido por los familiares de Groussac; no presenta paginación].
- Groussac, Paul (1885). Nota elevada al ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública, Dr. D. Eduardo Wilde, aceptando el cargo de director de la Biblioteca Nacional y agradeciéndolo. *Sud-América*, 14 de enero.
- Groussac, Paul (1893). *Biblioteca de Pablo Groussac en venta por ausentarse del país*. Buenos Aires: Félix Lajouane.
- Groussac, Paul (1896a). La Biblioteca de Buenos Aires. *La Biblioteca*, Tomo I, 9-33 y 161-193.
- Groussac, Paul (1896b). Boletín bibliográfico: Los raros, por Rubén Darío. *La Biblioteca*, Tomo II, 474-480.
- Groussac, Paul (1897a). Boletín bibliográfico: Prosas profanas, por Rubén Darío. *La Biblioteca*, Tomo III, 156-160.
- Groussac, Paul (1897b). La educación por el folletín. *La Biblioteca*, Tomo VI, 313-332.
- Groussac, Paul (1898). La desaparición de La Biblioteca. *La Biblioteca*, Tomo VIII, 247.
- Groussac, Paul (1900). Prefacio. *Anales de la Biblioteca*, Tomo I, XIV.
- Groussac, Paul (1901). *Noticia histórica sobre la Biblioteca de Buenos Aires (1810-1901)*. Buenos Aires: Imprenta Coni.
- Groussac, Paul (1903). *Une énigme littéraire. Le «Don Quichotte» d'Avellaneda*. París: Alphonse Picard et Fils.
- Groussac, Paul (1920) *El viaje intelectual. Impresiones de naturaleza y arte. Segunda serie*. Buenos Aires: Jesús Menéndez.

- Groussac, Paul (1924). Esteban Echeverría. La Asociación de Mayo y el «Dogma Socialista». En *Crítica literaria* (pp. 279-319). Buenos Aires: Jesús Menéndez e hijo.
- Groussac, Paul (1924[1902]). Tropezones editoriales, una supuesta «Descripción del Perú». En *Crítica literaria* (pp. 369-394). Buenos Aires: Jesús Menéndez e hijo.
- Groussac, Paul (1998). Paul Groussac, «Noticia biográfica». En León Benarós, *Paul Groussac en el Archivo General de la Nación* (p. 36). Buenos Aires: Archivo General de la Nación.
- Maeder, Enrique (1962). *Índice general de «La Biblioteca»*. Resistencia: Universidad Nacional del Nordeste.
- Menéndez y Pelayo, Marcelino (1907). *Estudios de crítica literaria*. Cuarta serie. Madrid: Tipografía de la «Revista de Archivos».
- Molina, Raúl (1955). *Misiones argentinas en los archivos europeos*. Ciudad de México: Instituto Panamericano de Geografía e Historia.
- Ocampo, Victoria (1951). Malandanzas de una autodidacta. *Sur*, 201, 7-8.
- Ocampo, Victoria (1959). De la cartilla al libro. *Sur*, 269, 11.
- Oría, José (1934). La polémica de Menéndez y Pelayo con Groussac. Sobre el «Quijote» de Avellaneda. *Humanidades*, Tomo XXIV, 3-72.
- Piglia, Ricardo (1995). *Respiración artificial*. Barcelona: Planeta.
- Redactores de *La Biblioteca* (1898). *La Biblioteca*, Tomo VIII, 249-285.
- Rojas, Ricardo (1957). *Historia de la Literatura Argentina. Ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en el Plata, Los modernos II*. Buenos Aires: Guillermo Kraft.
- Siskind, Mariano (2006). La modernidad latinoamericana y el debate Rubén Darío y Paul Groussac. *La Biblioteca. Revista fundada por Paul Groussac*, 4/5, 353-362.
- Tesler, Mario (2006). *Paul Groussac en la Biblioteca Nacional*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional.
- Terán, Oscar (2000). *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la «cultura científica»*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Trenti Rocamora, José Luis (1997). Aportes a la historia de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires y una lista de sus publicaciones. *Boletín de la Sociedad de Estudios Bibliográficos Argentinos*, 4, 52-77.
- Weller, Sam [seudónimo de Manuel Láinez] (1885). Bibliotecarios. *El Diario*, 20 de enero.